

Presentación de la Carta Encíclica

FE Y RAZÓN

FRANCISCO LÓPEZ F.

El 16 de octubre se celebraron los 20 años del pontificado de S.S. Juan Pablo II, el más largo de este siglo. Prolífico también como maestro del pueblo creyente, ese mismo mes el Santo Padre entregó su decimotercera encíclica. En este artículo, el autor, sociólogo, hace una breve presentación de este nuevo documento y abunda en su argumentación central.

Ta nueva Carta Encíclica de Juan Pablo II trata en primer lugar, como lo indica su título, de las relaciones entre *la Fe y la Razón* en cuanto dinanismos fundamentales de la persona humana en orden al descubrimiento y al conocimiento de la verdad capaz de fundar el sentido de la vida personal y social. En la medida en que sobre la base de estos dos dinanismos se estructuran dos órdenes de conocimiento distintos, autónomos e interrelacionados —el conocimiento *teológico* y el conocimiento *filosófico*—, la Encíclica aborda las relaciones entre fe y razón desde el prisma de las relaciones entre la teología y la filosofía.

Este acercamiento no se hace desde la simple razón especulativa sino desde la fe en *Jesús* que nos *revela al*

Padre (7). En el origen de nuestro ser como cristianos y del conocimiento que la Iglesia propone a todo hombre y mujer, hay un encuentro de carácter personal en el que se manifiesta el misterio oculto ahora revelado. Se trata de una iniciativa gratuita que viene de Dios y que acogemos en Iglesia. Por tanto las relaciones entre la fe y la razón y entre la teología y la filosofía son abordadas a partir de este *acontecimiento de Dios en Jesucristo* en el que Dios mismo se nos da a conocer en plenitud y haciéndolo nos des-vela la verdad y el sentido de toda existencia humana. En Jesús esta verdad del ser humano queda inscrita en el seno de nuestra propia historia humana.

Por tanto, se trata de una Carta que reclama para sí una perspectiva de fe aunque su mensaje esté ofrecido a

todos quienes desean, aman y buscan la verdad.

¿A QUIÉN ESTÁ DIRIGIDA?

Juan Pablo II dirige esta Carta Encíclica, en primer lugar, a los Obispos de la Iglesia, sus hermanos, con quienes comparte *la diaconía de la verdad* como una de las dimensiones de la misión apostólica de servicio a la humanidad. Esta misión y servicio posee una doble dimensión : a) participar del esfuerzo común de la humanidad por alcanzar la verdad y b) asumir la responsabilidad de anunciar las certezas adquiridas sabiendo que toda verdad alcanzada es sólo un momento de una verdad total que se manifestará con la revelación plena de Dios. Esta doble dimensión atraviesa todo el texto, poniendo en

obra aquello que se enuncia al final del capítulo 4 en referencia a la unidad profunda que debe reinar entre fe y filosofía: *"A la parresía de la fe debe corresponder la audacia de la razón"*.

Por otra parte, la Carta también se dirige a los teólogos, filósofos, formadores y a las personas que buscan la verdad (6; 104 a 107) y el sentido pleno de la existencia personal y de la convivencia social.

Finalmente, Juan Pablo II abre su reflexión sobre el horizonte de la humanidad entera para que *"en el umbral del tercer milenio de la era cristiana tome conciencia cada vez más clara de los grandes recursos que le han sido dados y se comprometa con renovado ardor en llevar a cabo el plan de salvación en el cual está inmersa su historia"* (6)

ESTRUCTURA DE LA ENCÍCLICA

La Carta consta de una *Introducción*, un *Cuerpo central* compuesto por 7 capítulos y una *Conclusión*. En la *Introducción* se plantea el contexto y el problema que da origen a la Carta; la *Conclusión*, por su parte, contiene un conjunto de llamados a diversos actores comprometidos en la problemática tratada. El *Cuerpo central*, finalmente, se organiza en tres grandes núcleos argumentativos:

a) el primero aborda, desde la perspectiva bíblica de *la sabiduría*, la articulación entre *la fe y la razón* en cuanto dinámicos antropológicos diferentes e integrados (capítulos 1, 2 y 3);

b) el segundo núcleo trata de las relaciones entre verdad revelada y filosofía. En él, el texto contiene un discernimiento de criterios para la correcta relación entre *fe y filosofía* a la luz de los encuentros y desencuentros históricos entre ambos órdenes de conocimiento (capítulos 4 y 5);

c) Finalmente, el tercer núcleo trata del vínculo interno entre teología y filosofía mediante el discernimiento de la situación actual de la teología ante los sistemas filosóficos más relevantes en el mundo moderno (capítulos 6 y 7).

A través de esta estructura la Carta nos

ofrece una reflexión y nos convoca a pensar en búsqueda de criterios de discernimiento y orientaciones de acción que apuntan a la superación de la actual *crisis de sentido*, de la contemporánea *fragmentación del saber* y, más radicalmente, del actual *escepticismo* respecto de la razón y de la capacidad humana para conocer y reconocer una verdad fundante de la existencia y de la convivencia humanas.

Reconociendo la distinción y la legítima autonomía de los diferentes órdenes de conocimiento, la Carta nos ofrece y nos llama a poner por obra un pensar que apunte a la articulación correcta de la diversidad entre el orden del conocimiento que es propio de la fe y el orden del conocimiento que es propio de la razón. Esta adecuada articulación es el único camino capaz de devolver a la humanidad un sendero de libertad fundado en la verdad. *"Los numerosos problemas actuales exigen un trabajo común, aunque realizado con metodologías diversas, para que la verdad sea nuevamente conocida y expresada... Creer en la posibilidad de conocer una verdad universalmente válida"*

La misión de servicio a la verdad nos pide volver sobre la dimensión sapiencial de la condición humana.

da no es en modo alguno fuente de intolerancia; al contrario, es una condición necesaria para un diálogo sincero y auténtico entre las personas" (92).

ARGUMENTACIÓN CENTRAL

Muy sintéticamente, el argumento de la Carta podría expresarse de la siguiente manera:

Hacia fines del milenio la humanidad vive una crisis derivada de la pérdida de confianza en la capacidad de la razón para conocer verdades últimas y universales capaces de fundar el sentido de la existencia humana y de la convivencia

social. La razón humana se ha degradado en razón unidimensional, razón instrumental. Volcada sobre los *medios* ha perdido de vista los *finés* de la existencia y de la acción humanas. En su propio despliegue científico y técnico la razón humana parece volverse contra sí misma dejando, de este modo, al ser humano enfrentado al miedo de sus propias obras.

La filosofía, que es la herramienta que tienen, desde tiempos antiguos, el hombre y la mujer en su búsqueda de respuesta a las interrogantes fundamentales que nos plantea nuestra condición humana, ha abandonado la consideración del ser y se ha cerrado sobre sí misma transformándose en filosofía de la conciencia y del conocimiento; ha abandonado el pensar acerca del fundamento y ha quedado adherida a un pensar lo fáctico, la experiencia, el fenómeno.

La consecuencia de esta situación es la fragmentación del saber en una multiplicidad de saberes particulares. Esta eclosión de la *sabiduría* en *saberes* parciales y múltiples está a la base de la impotencia actual que amenaza al ser humano

para unificar su existencia, para descubrir y asumir un sentido de la vida. No es de extrañar constatar, por tanto, la expansión del *escepticismo*, del *nihilismo* y del *pragmatismo* como actitudes de vida. Esto lleva al ser humano y a la convivencia humana a una deriva de tipo utilitarista, al predominio de la voluntad de poder como principio organizador de la existencia, a la búsqueda del placer como sustituto de una plenitud deseada y no alcanzada o la exacerbación de la esperanza demiúrgica en el poder de la ciencia y la técnica.

El *dualismo* y el *racionalismo filosóficos* que están en el origen de la época

